—Llevan algo—dijo el señor de Periéres.

—Sí, y ese algo tiene forma humana; tal vez sea un entierro nocturno: ya sabéis que el Nilo como el Ganges y otros grandes ríos, recibe á menudo cadáveres.

—Entonces, querido, su muerto resucita; se mueve, se defiende, protesta y rehusa sin duda la tumba que se le destina.

—Tenéis razón: no es ya un entierro, sino más bien un asesinato. ¡Debemos intervenir!

El grupo, al ver á los dos jóvenes dirigirse decididamente hacia él, se detuvo, dejó su carga en tierra y la rodeó como si intentara defenderla, tomando una actitud amenazadora.

XLIX

Los dos jóvenes hubieran debido detenerse á algunos pasos del grupo, interpelarle ó combatirle á distancia; no llevaban sino revólvers, y en la confusión llegan á ser inútiles las armas de fuego, cualesquiera que sean. Sin distancia para apuntar, los disparos se cruzan al azar ó se pierden. Pero el señor de Morin, con su habitual impetuosidad, se había lanzado entre ellos; el señor de Periéres le siguió y se encontraron prisioneros de seis hombres armados de espadas cortas y de peligrosos sables corvos.

Tenía sin embargo, una ventaja; su brusca entrada en el círculo, aun cuando se hubiera cerrado tras ellos inmediatamente: á sus pies tenían, en el polvo del camino, bajo su inmediata salvaguardia, por decirlo así, el hombre ó la mujer que un minuto antes era arrastrada hacia el Nilo. Este viviente cadáver, agarrotado, amordazado y cubierto de un gran albornoz blanco, como de un sudario, demostraba su existencia con bruscos estremecimientos que, en cualquiera otra circunstancia, hubieran sido ridículos. Parecía un pescado arrojado sobre la orilla de un río, que salta, se estremece y da coletadas impotentes, pero menos significativas.

El señor de Morin se bajaba ya para arrancarle su envoltura, cuando le tocó en el brazo, aunque sin herirle, á manera de advertencia, la hoja de un sable.

El joven levantándose, se lanzó sobre el hombre que le amenazaba, mas se detuvo bruscamente: acababa de reconocer, á la luz de las estrellas, el jefe de la caravana de esclavos con quien había tenido cuestión tan honda un mes antes.

Al mismo tiempo, el jefe y sus compañeros, reconociendo también á los dos jóvenes, no cabían en sí de gozo: el azar, la voluntud de Alá, les entregaba á todos sus enemigos. El profeta se había apiadado; sus súplicas, sus gritos de venganza habían sido oídos por él: no sólo el señor Delange les había sido entregado al aventurarse en la casa de las almeas, sino que en medio de la noche, á orillas del

Nilo, caían en sus manos sus compañeros. Esta idea, de que dos veces en la misma noche recibía manifiesta protección de su profeta, había de tener influencia grande sobre aquellos fanáticos, extremando su valor; cometieron no más el error de dejar estallar su alegría demasiado pronto, de descubrir un secreto que hubieran debido ocultar, y contar demasiado con sus fuerzas creyéndose seguros del triunfo. El jefe, europeo como ya dijimos, y que bien ó mal hablaba el francés, cometió la imprudencia de exclamar:

—¡Por fin estáis los tres en nuestro poder!

—¡Los tres!—dijo el señor Periéres volviéndose hacia su amigo.

Se miraron y comprendieron inmediatamente; la masa informe que gemía á sus pies, el individuo sujeto y cubierto del albornoz, debía ser el doctor Delange, su tercer compañero. Tan inesperada revelación influyó poderosamente en el ánimo de los jóvenes.

Ya no arriesgaban su vida por salvar á un desconocido, algún esclavo enfermo que, como habían supuesto, se arrojaba al Nilo por librarse de una carga; se trataba de libertar á un compatriota, á un amigo, que se hubiera sacrificado por ellos en igual caso.

—¡Imbéciles!—murmuró el señor Periéres al oído del señor de Morin.—¡Y yo que iba á proponeros retirarnos tranquilamente á nuestra casa!

—¡Buena idea hubierais tenido!—replicó el señor de Morin.—¿Qué hubiera sido de nuestro doctor? Mirad, ha reconocido nuestra voz

y se mueve más y más para llamar la atención nuestra.

Hablando así, se bajaba y llevaba la mano segunda vez hacia el albonoz, cuando Periéres dijo deteniéndole el brazo:

—Esperad; están demasiado cerca; hagamos primero espacio.

Y sin aguardar la respuesta de su amigo disparó precipitadamente, al azar, tres tiros de su revólver.

El efecto fué inmediato.

Sus adversarios no habían sido heridos; pero retrocedieron instintivamente, ensanchando el círculo.

Los señores Perières y de Morin, aprovechando este movimiento y sin perder de vista á los árabes, que ya se disponían á avanzar de nuevo, se inclinaron, arrancaron el albornoz, cortaron en un segundo las cuerdas de los pies y de los brazos al señor Delange, y le quitaron su mordaza.

—¡Ufl—dijo el doctor, aún aturdido, procurando ponerse de pie.—Habéis llegado á tiempo; yo lo creía todo perdido. Gracias; ¿tenéis algún arma?

—No; pero tomad la navaja que nos ha servido para cortar vuestras cuerdas.

—Algo es algo; atención, helos aquí.

Los árabes cargaban dando gritos y blandiendo los sables.

Sonaron otros dos tiros; pero las balas también se perdieron, puesto que no cayó ningún árabe.

—Ya no es igual la partida—exclamó el

señor de Morin.—Hemos cumplido nuestro deber; tratemos ahora de huir.

Para que el señor de Morin hablase de fuga, el peligro había de ser extraordinario.

Éralo en verdad.

Los tres amigos, sin más armas que una navaja y dos revólvers medio descargados, no podían sostener el choque de seis hombres provistos de sables y de puñales; sin embargo, las detonaciones sucesivas en un arrabal de Khartum, á pocos pasos de los sitios habitados, habían dado por lo menos el resultado de llamar la atención de una patrulla.

Por regla general, los soldados encargados de la policía en el Alto Egipto no cumplen su deber sino cuando están ciertos de no correr peligro; no vacilan en ensañarse contra desdichados esclavos que riñen, negros borrachos ó mujeres por demás provocativas; mas evitan prudentemente mezclarse en las contiendas de los musulmanes, de los tratantes, de los pícaros de toda especie que en Khartum pululan y que siempre tienen armas á mano. No obstante, el ejército egipcio se forma en gran parte con cautivos de los inmediatos territorios; así que los soldados con quienes mejor cuenta el Gobierno proceden de la tribu de los Dinkas; son hombres de aventajada estatura, de verdadero valor y de gran utilidad en las filas; tiempo hace que los mercaderes han renunciado á comprarles, porque su carácter independiente, su indisciplina, y sobre todo su fuerza, les hacen peligrosos. Por el contrario, incorporados al ejército, si bien alguna vez se

CAPILLA ALFONSINA

muestran indisciplinados, rinden excelentes servicios; aun los jefes pertenecen á menudo á ese origen: las fuerzas militares del Sudán se hallaban el año último bajo las órdenes del Pachá-Adam, antiguo cautivo dinka.

La patrulla que, atraída por el ruido, venía al socorro de los tres europeos, era felizmente de muy excelentes soldados: y apenas apercibieron á los combatientes, se lanzaron á la carrera hacia ellos y se precipitaron en el grupo, repartiendo mandobles sin preocuparse de que les pudieran hacer frente.

En un instante terminó la lucha: dos árabes huyeron y los otros cuatro, escondiendo las armas, empezaron á gritar vociferando que habían sido víctimas de una agresión por parte de los europeos.

Estos se contentaron con encogerse de hombros, sin intentar una explicación, que tampoco los dinkas hubieran comprendido, y el asunto terminó como lo hubieran hecho entre nosotros: llevándoles á todos al cuerpo de guardia situado en una plaza junto al Diván. Sólo sí los soldados guardaban todo género de atenciones para con los europeos: les hacían seguir al frente sin permitirse la menor violencia, mientras distribuían puntapiés y mojicones sobre los otros prisioneros, á quienes habían reconocido por tratantes. Justo es que los dinkas tengan horror á gentes á quienes acusan fundadamente de haber despoblado su país y de hacer todavía por él algaradas para apoderarse de sus mujeres, muy buscadas en todos los harenes aristocráticos, por

sus talentos culinarios, y sus cualidades caseras.

Llegados al cuerpo de guardia, lograron hacerse entender de un oficial los europeos, y fueron puestos en libertad, mientras los mercaderes se quedaban para responder de sus hazañas ante la autoridad egipcia pocos días más tarde.

Vueltos los tres franceses á la casa que ocupaban en el centro de Khartum, se reunieron, á pesar de las emociones y fatigas de la noche, para felicitarse de su relativa victoria y hablar de la expedición decidida en casa de la señora de Guéran.

—No hay para qué deciros, querido doctor—exclamó el señor de Morin dirigiéndose á Delange,—que no pretendo arrastraros á las regiones... insensatas donde vamos á penetrar; no tienen cola los Niams-Niams, como pretenden muchos viajeros, es cierto, y vamos bien pronto á convencernos personalmente; pero no es menos cierto, según Piaggia, Poncet, Schweinfurth y otros, mil que liman sus dientes en punta para desgarrar mejor la carne humana; sus vecinos los Monbouttous no les van en zaga en cuanto á antropofagía; hasta se dice que desentierran los cadáveres para darse festines, y no había de tener yo la barbarie de ofrecer vuestro cuerpo en cebo á tan buenas gentes, querido amigo.

—Debería añadir de Morin—continuó Perières, saboreando voluptuosamente un puro y repartiendo la mayor cantidad de humo posible, para alejar los mosquitos,—que los viajeros bastante dichosos para no ser comidos, suelen morir de fatiga y de miseria en esas comarcas: sin ir más lejos, os hablaré del italiano Miani, director en 1870 en el Jardín Botánico de esta villa; salió hacia el Sud en 1871, como vamos á hacer nosotros, y pocos meses después escribía en su cartera estas conmovedoras palabras, que he leído hoy mismo: «Ya no tengo fuerzas para escribir... sufro horriblemente... he hecho cavar mi fosa, y mis criados han venido á besarme la mano, diciendo: ¡quiera Dios que no mueras!... Adiós, mis doradas esperanzas, sueño de mi vida! ¡Adiós, Italia, por cuya libertad combatí!»

—Ya veis, amigo—siguió el señor de Morin,—que los países donde vamos á aventurarnos dejan algo que desear; recobrad vuestra libertad y estad seguro de que nunca olvidaremos lo que por nosotros habéis hecho hasta el día.

—Señores—respondió Delange,—voy á acostarme si me dais permiso, y mañana conoceréis mi resolución: acabáis de salvarme la vida esta noche y temo que me falte imparcialidad.

CAPILLA ALFONSINA

L

No se hizo esperar la respuesta del señor Delange: bien temprano declaró que formaría parte de la expedición.

Era resultado previsto: las vacilaciones sólo se reproducen en los viajes al tiempo de la partida; ya en marcha, los más indecisos corazones se aseguran dando razón al proverbio de que «el primer paso es el costoso.» Entre los viajeros se establecen lazos de difícil ruptura; los pequeños servicios recíprocos crean deberes, se mezcla el amor propio, no se quiere quedar en deuda, no agrada quedarse atrás; se avergonzarían todos de una debilidad que los demás acusarían.

Además, no es sólo el amor propio el comprometido en expediciones peligrosas cual la que relatamos; también lo está el agradecimiento: trábanse entre los diferentes miembros de una caravana lazos más serios, un como pacto de muerte y de vida. «Iba yo á perecer, me salvastéis; ahora me toca salvaros.» Así el doctor Delange, salvando al señor de Morin, prisionero de los beduínos del Hedjaz, había ganado el primer envite. El señor de Morin acababa de ganar el segundo. Era ocasión de *la buena*, y como buen jugador, me quería el doctor dejar en tablas la partida.

Ya que de juego hablamos, debemos también decir que el señor Delange no había por cierto renunciado á las partidas convenidas; sólo que como en los últimos tiempos, de Morin se mostrase rebelde al ecarté y al baccarat, el doctor le propuso para no exasperarle, fiarle unas cuantas semanas, á condición de que las jugarían todas juntas. El retraso consistía en veinte partidas de á mil francos, lo que ofrecía á Delange preciosa perspectiva para el porvenir: unidas á las correspondientes á cada día, cuando se pudieran continuar, constituían un soberbio horizonte de juego.

El Africa y sus terribles habitantes desaparecían, para que sólo brillasen naipes, siempre naipes, tendiéndose por los caminos: ellos le facilitaban la marcha y le cubrían los precipicios. Debemos confesar que quizá la fiebre de los descubrimientos, comprobada en tantos otros, se había apoderado también del doctor y que obedecía á instintos errantes, latentes hasta entonces.

Los señores de Morin y Periéres iban, pues, acompañados del doctor Delange, cuando al día siguiente se presentaron en casa de la señora de Guéran. Ella había reunido, por su parte, á la señora Beatrix Poles, Nassar, el negro Dinka que trajo la carta de su marido y los dos intérpretes árabes, tan decididos en la primera parte del viaje. El fiel José también era de la partida: en vano se le quiso decidir á volverse á Francia; se obstinaba en seguir la

expedición con un encarnizamiento, cuyo verdadero motivo la señora Poles, que no podía sufrirle, había adivinado.

José esperaba del Africa una rápida fortuna y veía ante sus ojos dos ramas de comercio: el de marfil y el de los esclavos. Para él, ambos se confundían; marfil y esclavos eran una misma cosa: había leído que por un pedazo de cobre, algunos metros de percal ó unos paquetes de agujas, es fácil cambiar entre algunas tribus una jovencita que, otra tribu vecina cambiaría por un colmillo de elefante. El cobre, el percal ó las agujas representaban un valor de cuatro á cinco francos, mientras que el colmillo valdría en Europa ciento ó ciento cincuenta francos. En gran escala el negocio, como se ve, era magnífico, y José no quería abandonarle, sin que le disgustara ser amo un poco de tiempo de las esclavitas, para descargar en ellas parte de sus quehaceres, gozando de las ventajas del criado aristocrático y del amo aburrido.

La pequeña colonia europea estaba completa: se trataba de aumentarla con una escolta y numerosos porteadores. Se trató del asunto: todos los viajeros han indicado los inconvenientes de viajar con mucha gente; reprochan á las caravanas numerosas de sembrar el terror á su paso, de ponerse en hostilidad abierta con las poblaciones, aún bárbaras ciertamente, pero libres de impedir la entrada á tropas armadas. ¿Por qué se ha de viajar en África como no lo consentiríamos en Europa? ¿Consentiríamos nosotros á cien negros armados atravesar la Francia ó la Inglaterra? Livingstone, Mungo-Park, el mayor Laing, Renato Caillie, Grant, Speke, Camerón, Barth, Vogel y tantos otros, nunca pensaron viajar con escoltas innumerables.

Estas reflexiones no son, sin embargo, tan exactas como parecen: esos viajeros se resignaban á adelantar lentamente, á contemporizar, á reemplazar la fuerza por la paciencia y la astucia. Años enteros se quedan en poder del más insignificante reyezuelo: ¿qué les importa? Así conocerán mejor el país, le estudiarán en todos sus aspectos, en beneficio de todas las ramas de la ciencia; familiarizarán al mismo tiempo la tribu con sus trajes y sus costumbres; la harán mejor, convirtiéndose de viajeros en misioneros y apóstoles. Pero nuestra caravana lleva distinto objeto; busca un explorador, un atrevido viajero perdido, quizá en peligro de muerte; lleva prisa; no puede resignarse á las dilaciones de una expedición científica ó apostólica. Por último, si bien no permitimos á extranjeros armados atravesar la Francia, les ofrecemos, en cambio, garantías que no se encuentran en África: el día que tenga caminos de hierro, Guardia civil y policía, nadie pensará en arrastrar un séquito ruinoso y embarazante.

Se decidió que se atenderían hasta cierto punto los consejos de los viajeros solitarios, reduciendo en lo posible el número de soldados y porteadores, pero dejando fuerza á la expedición para abrirse paso en caso preciso, hacerse respetar, ó rechazar un ataque.

Nassar y los dos intérpretes recibieron el encargo de filiar una cincuentena de soldados veteranos que hubiesen hecho ya alguna expedición al Sur. Debían evitar á los árabes, que se creen siempre en país conquistado, maltratan á las poblaciones y se buscan riñas: á falta de Dinkas, escogerían Nubios; no se distinguían éstos por su valor ni por la disciplina, pero son buenos tiradores, hábiles para encontrar caminos y fácilmente aclimatables. La deserción, sobre todo, no es de temer; dejan su país con la caravana y tienen interés en volver con ella. Los jefes de expedición no pueden, sin imprudencia, tomar á sueldo individuos de las tribus que han de atravesar, dispuestas siempre á desertar cuando se acercan á sus hogares.

Con todas estas precauciones, se reclutó rápidamente la partida, bien ordenada y armada de excelentes carabinas francesas que acababan de llegar á Khartum por el Nilo con los otros fardos expedidos tres meses antes del Cairo. Una vez juntas, se la puso bajo el mando de Nassar, si bien no había de tomar determinación importante que no consultara con sus jefes inmediatos el señor de Morin y Periéres. Todos los soldados fueron inscritos en el Diván bajo compromiso de obedecer en absoluto á ambos europeos, en quienes reconocieron solemnemente el *poder* de recompensar y castigar. Según costumbre, en el Nilo Blanco recibieron adelantados cinco meses de sueldo; el resto lo percibirían al regreso.

La cuestión de los porteadores era también

muy grave; pero, gracias á las autoridades egipcias, se pudo contratar con los mercaderes de marfil, poseedores de dominios (zéribas) en el Sur. Se comprometieron á proporcionar á los expedicionarios, cuando dejasen de navegar para seguir á pie, de ciento cincuenta á doscientos hombres, destinados á conducir los equipajes, los regalos de todas clases, cobre, cristalería, telas, y sobre todo víveres para tanta gente.

Terminado esto, los tres jóvenes, secundados por la señora de Guéran y señora Poles, se ocuparon del aprovisionamiento: aguardiente, té, cafe, legumbres comprimidas y especiería. A todos estos objetos, llegados de Francia para cambios y regalos, se unió gran cantidad de telas blancas y de otras del país, grosera, llamada trumba. Por último, se reunieron las municiones, pólvora, plomo, balas y cartuchos, encerrados en sólidas cajas de hierro con llave; no puede olvidarse el que los negros hurtan siempre que pueden, tiran continuamente al aire, y que es prudente guardarse de ellos. Tan numeroso convóy se fué embarcando en cuatro naves compradas por los europeos: el *neggher* ó *noggor*, que les había llevado desde Berber, y tres chalupas, conocidas sobre el Nilo con el nombre de *dahabich*. Una de ellas se dispuso para poder embarcar algunos asnos y una docena de caballos para los europeos, los intérpretes y el guía Nassar.

La flotilla sería remolcada hasta la entrada del río de las Gacelas por un vapor del Go-

bierno, encargado de ir á buscar á Baker, cuya misión militar terminaba en primero de Abril de 1873.

Terminaron los preparativos á fines de Enero: nada retenía ya á nuestra colonia en Khartum; podía ya empezar el terrible viaje que tanto tiempo apasionó á la Europa y la América.....

.....

«Querido Pommerell, querido Desrioux: Puesto que os reunís para leer nuestras cartas, á ambos la dirijo: os escribo también en nombre de Delange y de Morin, demasiado ocupados en los últimos preparativos para poder deciros adiós como quisieran.

Esperamos embarcarnos antes de una hora, si logramos reunir nuestros marineros, nuestra escolta y nuestros criados, intratables é invisibles desde que cobraron sus cinco meses de adelanto: procuran dejarse la última peseta en las tascas de Khartum.

Ya os he dicho nuestros proyectos y nuestros planes; nada ha cambiado: iremos en línea recta al Sur hasta la Zeriba, en que el guía Nassar dice haber recibido al señor de Guéran. Allí intentaremos encontrar y seguir las huellas de nuestro compatriota, aunque es evidente para de Morin y para mí que, si en lugar de recibir noticias suyas en Khartum las hubiéramos adquirido en Francia, nuestro intinerario hubiera sufrido grandes modificaciones.

Efectivamente, si el barón ha logrado, como según su carta esperaba, salvar la frontera de los Monbouttous y llegar á uno de los lagos Alberto ó Tanganyika, vamos nosotros á correr sencillamente tras él sin esperanza de alcanzarle. Partiendo, por el contrario, de Zanzíbar, llegando á Kazeh, dirigiéndonos luégo al Noroeste, podíamos encontrarle, aunque caminara en sentido inverso; ó en todo caso llegaríamos por allí á los países desconocidos que se proponía visitar tan fácilmente como por el país de los Monbouttous. Si hubiéramos de volver á empezar, de Zanzíbar es pues de donde partiríamos; mas hoy estas reflexiones son inútiles y superfluas.

Adiós, en nombre de todos, queridos amigos; no nos olvidéis muy pronto, defendednos de los que nos reprochen nuestra locura, y si no volvéis á recibir noticias de nosotros, decid á todos que hemos muerto pensando en vosotros y en nuestra querida Francia.»

FIN

El episodio siguiente se titula: *La Fiebre de lo desconocido.*

CAPILLA ALFONSINA